

Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

EMILIO SERRANO



Con su talento combate desde la escena del Real.....
¡El hará que se aclimate la ópera nacional!

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—La campanilla, por Juan Pérez Zúñiga.—Juegos inocentes, por Eduardo de Palacio.—Un crítico incipiente, por Clarín.—De caza y pesca, por Eduardo Navarro González.—¡Arriba!, por Sinesio Delgado.—Los genios del día, por Antonio Peña y Goñi.—Receta, por Miguel de Palacios.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Emilio Serrano.—Los días solemnes.—Buena pasta, por Cilla.



La naturaleza sonrío, los pajarillos cantan, los árboles comienzan á cubrirse de verdes hojas; pero todavía hace fresco para salir por las noches á visitar los escaparates, y continúan, por consiguiente, muy concurridas las tertulias de los cafés.

No hay más que meter la cabeza en el del Prado, adonde acuden muchas familias honestas para entregarse á las delicias del bistek con patatas ó á los encantos inapreciables de los riñones salteados con mucha cebolla.

¿Quién duda que es feliz un pueblo donde hay mamás que toman leche merengada todas las noches?

Porque es lo que nos decía una de éstas:

—Desengáñese usted, para disgustos, ya he pasado bastantes en esta vida con mi esposo, que era un hombre celosísimo y me tenía en casa hecha una negra. Yo le lavaba, yo le vestía, yo le afeitaba, y todos los jueves teníamos que bañarlo entre la criada y yo, porque al pobrecillo le salía por todo el cuerpo una cosa así como linaza en polvo, y no había ropa que le bastara.

—¿Qué cosa más original!

—Cuando se le retiró aquella especie de polvillo, dijo el médico que le mandásemos preparar; pero no nos dió tiempo y se nos murió encima. ¡Ay! ¡He sufrido mucho! Por eso ahora quiero desquitarme, y lo que hacemos mi hija y yo es venirnos aquí todas las noches á oír el piano y á tomar cualquier friolerilla.

—La chica es muy guapa.

—Favor que usted la dispensa. ¡Si viera usted qué manos tiene para todo! Ahora está haciendo el plano de las Provincias Vascongadas, bordado en cañamazo, que es lo que hay que ver. Se lo vamos á regalar á un diputado de allá, que es uña y carne de Isasá, y anda viendo si puede sacarnos una pensión del Gobierno, porque á mi mamá, en tiempo de la primera guerra carlista, la dejaron en cueros los facciosos.

—¿Qué atrocidad!

—Sí, señor: la robaron tres colchas de cama grande y dos chalecos de mi padrastró, y justo es que el Gobierno nos indemnice. Además, yo tuve un primo que murió de mala manera cuando el sitio de Bilbao.

—¿De algún tiro?

—No, señor: fué á clavar una percha en el cuarto de la criada y se cayó encima de un sacerdote que estaba de visita en su casa. El hecho fué que se le metió un zapato del cura por la boca del estómago y no dijo ni ¡ay! Toda mi familia ha sido muy desgraciada, y gracias á mi carácter no me he muerto ya una porción de veces.

—Ha hecho usted bien; es preciso pasar la vida alegremente.

Hay muchas señoras en Madrid que se parecen á esta viuda, tertuliana asidua del café del Prado. Han hecho de este establecimiento su verdadero domicilio, y están allí como el pez en el agua.

Algunas van allí á coser, á leer novelitas y á sudar los cartros....

Y no hablemos de las que persiguen fines menos candorosos.

Hace días que no se estrena ninguna revista con olor político, y es una lástima.

Antes había una porción de jóvenes consagrados á esta tarea, y todo su afán consistía en levantar ampollas en el cutis de los ministros y llevar á su ánimo la intranquilidad y el desasosiego.

—¡Valiente disgusto le voy á dar á Cánovas!—decían.—En cuanto vea que saco al ministro de la Gobernación en calzoncillos y que visto al capitán general de igorrote, una de dos: ó cae el ministerio, ó tengo que esconderme para que no me prendan.

Después se estrenaba la obra y nadie veía la sátira, ni la trascendencia, ni la intención, ni nada más que una serie interminable de sandeces que hacían preguntar á algún espectador compasivo:

—¿El autor no tiene más oficio que el de escribir zarzuelitas?

—No, señor—se le contestaba.

—Pues dele usted estas cuatro pesetas de mi parte, porque si cree el pobrecillo que va á vivir de las letras, ya está fresco.

Hay unos cuantos cómicos en perfecta relación con estos poetas de que venimos hablando.

—¿Quién es ese chico?—pregunta uno al ver en escena un actor fúnebre, que parece un ciprés de cementerio.

—¿Chico? Pues si tiene cerca de sesenta años.

—¿Y empieza ahora?

—¡Quiá! Lleva treinta y cinco de tenor cómico.

—¿Pero dónde ha estado metido?

—Casi toda su vida artística la ha pasado entre Albacete y Ciudad Rodrigo. En Cabezada de Abajo tienen delirio por él.

—¿Y qué sueldo le dan aquí?

—Aquí no tiene más que veintidós reales, pero saca otro tanto, porque él por las mañanas es albañil.

Entre las autoridades cunde la alarma con motivo de las próximas manifestaciones socialistas.

Se ha dicho que los obreros venían dedicándose á fabricar dinamita silenciosamente, con el criminal intento de hacerla pasar por azúcar de pilón y vendérsela á los dueños de café y demás establecimientos públicos, á fin de ir exterminando poco á poco á la burguesía.

Pero la autoridad ha sorprendido la fábrica; de manera que nos hemos salvado todos. Á no ser por esto, hubiéramos ido á echar azúcar en la taza, y ¡pum! sobrevendría la explosión.

Parece que no, pero cada vecino de Madrid le debe la vida al inspector de su distrito, porque la policía vela sin descanso, y la prueba está en que el mismo gobernador no cesa de hacer investigaciones.

Hoy se le ve parado en una esquina, observando á una joven que vende décimos de la lotería y alfileres de cabeza negra; al día siguiente le encontramos junto al escaparate de un *restaurant*, esperando que los demagogos acudan al olorillo de las viandas; al otro día sabemos que ha estado metido dentro de una sera de carbón, á fin de no ser visto y poder vigilar desde allí á los dependientes de los carboneros y á las criadas....

Lo que tiene es que, mientras la autoridad vigila á los anarquistas, andan los rateros por ahí robando relojes, sin que nadie les moleste.

Y no sé qué es peor.

LUIS TABOADA.

— * * —
LA CAMPANILLA

—Don Cándido está grave.

—Los médicos no atinan.

—Ni puede hablar como antes,

ni traga la saliva,

¡él que ha tragado tanta

desde que tiene vida!

—Ya el mal de su laringe

ningún remedio alivia,

por más que tres doctores

al pobre martirizan,

y al verle el tragadero

le manda el uno tila,

y el otro cataplasmas

de malvas en la tripa,

y el otro que se frote

la nuca con bencina.

—Quizá podrá salvarse;

mas esto no le evita

lo que ya teme el pobre:

¡perder la campanilla!

—Y que la pierde es cierto.

—No hay cosa más perdida,

lo cual sus adversarios

verán con alegría,

pues queda en el Congreso

su charla interrumpida.

.....

Así los amigotes

de Cándido decían,

pensando en los efectos

de su afección laríngea,

¡de un mal que era el martirio

de toda la familia!
Tan sólo Robustiano,
muchacho de Galicia,
que como mayordomo
á Cándido servía,
miraba indiferente
la enfermedad gravísima,
aunque adoraba al amo
como á su madre misma.
Un día el cocinero,
al ver su sangre fría,
le dijo á Robustiano:
—Compadre, no se explica
que estés tú tan tranquilo
en tanto el amo trina,
pues si es verdad que el pobre,
conforme pronostican,

la campanilla pierde,
como hay Dios que se avía.
—¡Valiente cosa es ésa!
(repuso el de Galicia).
Tú dime, si tuvieses
quinientas perras chicas
y se perdiera alguna,
¿la pena te ahogaría?
—No tal.
—Pues bien, entonces
al amo el cuento aplica.
¿La campanilla pierde?
Un año hará tal día.
¿Qué se le importa al amo
de pérdida tan nimia?
¿No ves que es personaje
de muchas campanillas?

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

JUEGOS INOCENTES

—Lleva dos duros el rey.
—Lleva, y juego. ¿No va más?
(Tira el banquero seis cartas.)
—El cuatro.
—¡Qué atrocidad!
—¿No llevaba el rey dos duros?
—Yo lo dije.....
—¿Y dónde están?
—Me figuro que él los lleve;
porque ¿quién ha de pensar
que se venga sin dos duros
persona tan principal?
—
Jugando al ajedrez dos caballeros,
uno corto de vista
y el otro aprovechando los descuidos
para saltar á un jaco seis casillas,
cambiar de posición torres y alfiles
y otras varias jugadas nada limpias:
—Jaque.
—¿De dónde viene ese caballo?
Pare usted ese jaco, vida mía.
—Estaba aquí, y al salto.....
—Sí, que salte,
pero que vuele no. Desde esa fila
no llega aquí.
—¿Que no?
—¡Pues friolera!

No es caballo, es un ave de rapiña.
—
—Pasa ese duro á la sota.
—Perdone usted, caballero,
pero ese duro no pasa.
—Es claro, no será bueno.
—No, señor; porque soy yo
el amo del interfecto.
—
—Va muerto el tres de copas.
—¿Conque va muerto?
—¿Y quién te da á ti vela
para el entierro?
—
—Entrés arriba.
—Diez duros.
—Cuatro.
—Siete.
—Quince.
—Vayan.
—Juego? Una el siete, dos, cuatro,
y tres, el cinco de espadas.
A la buena. Saltó y vino.....
Saltó y vino.....
—El Juez de guardia.

EDUARDO DE PALACIO.

UN CRÍTICO INCIPIENTE

II

Sr. D. JOSÉ ECHEGARAY.

Ilustre y respetable amigo: El Sr. Cañete, con una diligencia á que no nos tiene acostumbrados, ha llegado, por fin, en sus crónicas dramáticas, á este último décimo de siglo y ha dicho algo de su comedia de usted. Procediendo con el orden que le distingue, ha empezado por copiar todo lo que han dicho de *Un crítico incipiente* los muchos gacetilleros que en el mundo han sido, y acto continuo ha tenido á bien dejar sentada de una vez para siempre su autorizada opinión. Lo primero que opina D. Manuel es que tiene él en casa una comedia antigua en la cual se puede ver (el que pueda) algo parecido al argumento del *Crítico incipiente*. Este es el sistema de Cánovas, que suele decir: están en un error los historiadores que afirman que la batalla de Lérida no se debió perder: esto lo creen porque no conocen, ni conocerán, un libro que tengo yo en casa, y que ni á Dios se lo enseño, libro en que se demuestra cómo pasaron efectivamente las cosas.....—Por lo demás, Cañete opina que su comedia de usted..... es estimable. Gracias, señor elefante.

También he leído lo que dice de su obra de usted D.^a Emilia Pardo en *La Ilustración Artística*. En general esta señora le juzga á usted con un simpático criterio de expansiva y oportuna benevolencia; es de los que han comprendido el mérito grande de su ingenio, la importancia de su teatro, y ojalá estuviera yo tan conforme con ella en otras cosas como en la apreciación general de la dramaturgia de Echegaray. Opino, sin embargo, que en lo que toca á *Un crítico incipiente* D.^a Emilia peca por carta de menos al elogiar, lo mismo que el Sr. Balart.

A mí me parece que se equivocan los que ven en *Un crítico incipiente* un capricho satírico, puramente, y no una comedia. La tengo por tan comedia como cualquier otra, y es un error considerarla como una especie de *Epístola á los Pisonos* dramática y á la moderna. Los que han ido á buscarle analogías tan sólo en obras como la que el Sr. Cañete tiene en casa, y en el *Café* de Moratín y otras por estilo, no ven que en el teatro y en la novela de los tiempos modernos abundan las obras en que el asunto es la vida literaria, y especialmente á veces la literatura teatral, sin que por esto dejen de ser tales comedias ó novelas imi-

tación directa de la vida real, cuadros de costumbres, estudios de caracteres, puesto que la actividad literaria es una de tantas, y en ella puede estudiarse la vida humana como con cualquier otro motivo. No hace mucho se quejaba un famoso crítico francés de lo mucho que abusaban los literatos de su país del tema de la literatura como asunto de novelas principalmente.

Si en la comedia de Echegaray no hubiera un interés dramático real, el cual sólo sirve de forma, de ocasión de literatura, el público no hubiera comprendido y aplaudido la obra como lo hizo. No hay crítica ni sátira que valgan para interesar á un concurso *iliterato*. Si valiera la antigua nomenclatura, diría que se trata más bien de una comedia de figurón; hasta en el mismo D. Lucas del Cigarral hay algo semejante á la casa de D. Antonio. ¿No se paró D. Lucas, en medio de la noche y en medio del corral, á leer un producto de su ingenio al redomado gracioso que explota la vanidad literaria del *figurón* ilustre para favorecer la intriga que apadrina? En rigor, la fábula de *Un crítico incipiente* se funda en la vanidad del autor dramático don Antonio; prueba de ello es que la enseñanza artística y ética de la obra á esta vanidad atañe, y no á tal ó cual doctrina de crítica literaria.

Lo que se aprende no es que el idealismo sea mejor ó peor que el naturalismo, ni que sobren los teatros por horas; á ninguna doctrina ni género literario se dirige la sátira, si sátira hemos de llamarla, sino á la moral de los personajes: lo que no debe hacerse es escribir críticas sañudas por interés ajeno al arte, por molestar á un enemigo ni por hacerse notar: lo que no debe hacerse es dar tanta importancia como da D. Antonio á la opinión del vulgo, poniendo el corazón á los pies de todos los transeuntes distraídos que hablan del producto de nuestro ingenio sin entenderlo y hasta sin conocerlo.

Lo que D. Antonio saca en limpio es que no debe poner la felicidad de su casa, la paz del alma, en cosa tan deleznable como es la irreflexiva opinión de *todo el mundo*. Cuando al final del tercer acto la acción se mueve rápida é interesante, ¿quién ve allí sátira ni crítica? Comedia y muy comedia es todo aquello.

Volviendo la atención á los reparos de D.^a Emilia Pardo, creo el más fundado el que consiste en observar que durante el primer acto parece que el asunto va á ser el drama del hijo, no el del padre. Tiene razón. Y también pienso que el primer acto, á pesar de sus muchas bellezas de por menor, es el menos cómico, el menos importante. Lo que no veo es la pesadez de que habla la ilustre escritora. Acaso hacia la mitad del acto tercero asome ese grave defecto..... pero no es más que un amago.

Es inverosímil, según la Pardo, que nadie sepa que el conde Ulrico es de D. Antonio, y que éste se le achaque á su rival don Pablo. Acaso el rigor con que D. Antonio sabe guardar su secreto necesitaba mayores explicaciones; pero si á la palabra inverosímil se le da su acepción verdadera, exacta, que casi siempre se olvida, no veo que llegue á inverosimilitud el recurso dramático en que se basa el argumento.

Mas da que pensar la objeción relativa al carácter y á los actos de D. Antonio. ¿Cómo poeta tan notable, y que juzgando hechos y dichos ajenos tan bien discierne, dice y hace tales tonterías cuando se trata de su vanidad de autor?

Análoga objeción, pero mejor fundada, se le hizo al poeta de *Un drama nuevo*. ¿Cómo aquel tonto azorado, ridículo, del último acto es el autor de *Un drama nuevo*, que es lo más bello del drama de Estévez? En este punto lo entendió mejor Moratín: don Eleuterio es un botarate, pero *El gran cerco* es un absurdo.

En cuanto á D. Antonio, ¿se puede decir que llegue á tanto? Hay que observar que el espectador ve la vanidad del atribulado poeta *por dentro* sin los velos de la hipocresía, de la prudencia y de la convencional modestia. ¿Quién duda que hay grandes poetas que tratándose del mérito de sus obras pierden los estribos, y hablan y obran hasta como locos y á veces como malvados?

No aseguraré que no haya á veces un poco de exceso en los extravíos á que su vanidad de autor lleva á D. Antonio, porque estas materias se aprecian cuantitativamente con gran dificultad; pero sí digo que los principales rasgos de este personaje, sus cambios de resolución respecto al matrimonio de su hija, son verosímiles y estudio muy aproximado á la realidad probable.

Además..... no todo es vanidad en el poeta del conde Ulrico. En el monólogo en que habla de la historia de su idea hay profundidad psicológica, sentimiento y pura poesía; la prosa de la realidad exterior le lastima, le injuria, es injusta con el espíritu creador, y él se duele, y se hace injusto también en desquite. En esta clase de luchas del alma singular, escogida, siempre hay algo de D. Quijote levantándose del polvo después de ser atropellado por la multitud..... de cerdos, que sin perdón así se llaman. El monólogo á que me refiero recuerda ciertos sublimes versos de Musset en que el poeta reflexiona sobre su propia obra que primero vió grande, viva, trasparente, hermosa, y después contemplada opaca, fría, muerta.

En cuanto á los demás personajes, todos son naturales, sencillos y algunos de gracia simpática llena de atractivo. La mujer del poeta es una de tantas *mujeres de artistas* á que Daudet dedicó un libro; contrapeso conveniente de la idealidad excesiva, lastre indispensable para navegar por los aires, entre las nubes en que consiste el arte. De los críticos el *naturalista* es el mejor, y en su manía *realista* conserva un buen fondo de sentido estético y de sentido común. Enrique, el crítico *a priori*, es un peda-

LOS DIAS SOLEMNES



El primer jugueto.



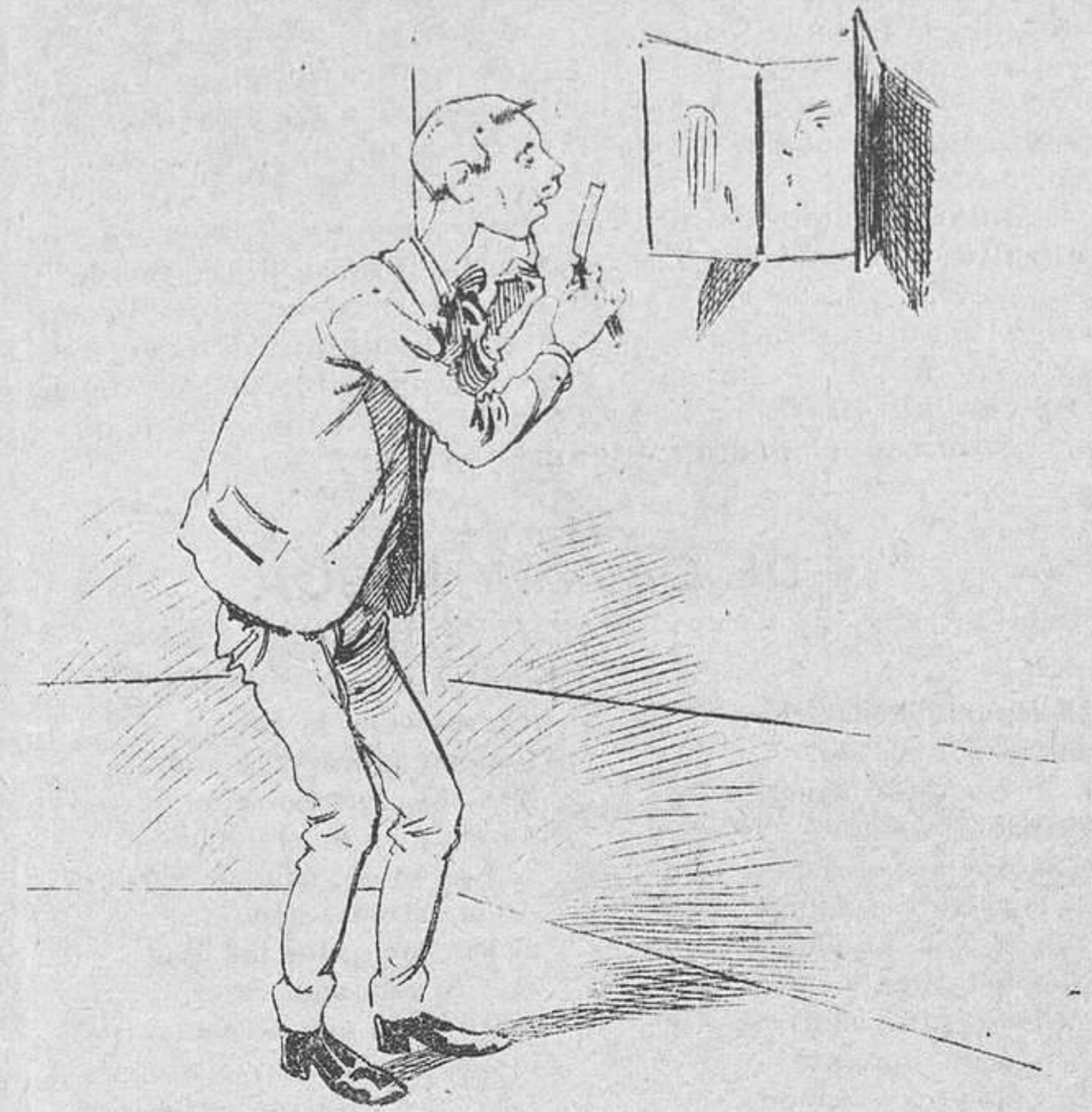
El primer día de escuela.



La primera comunión.



La primera picardía.



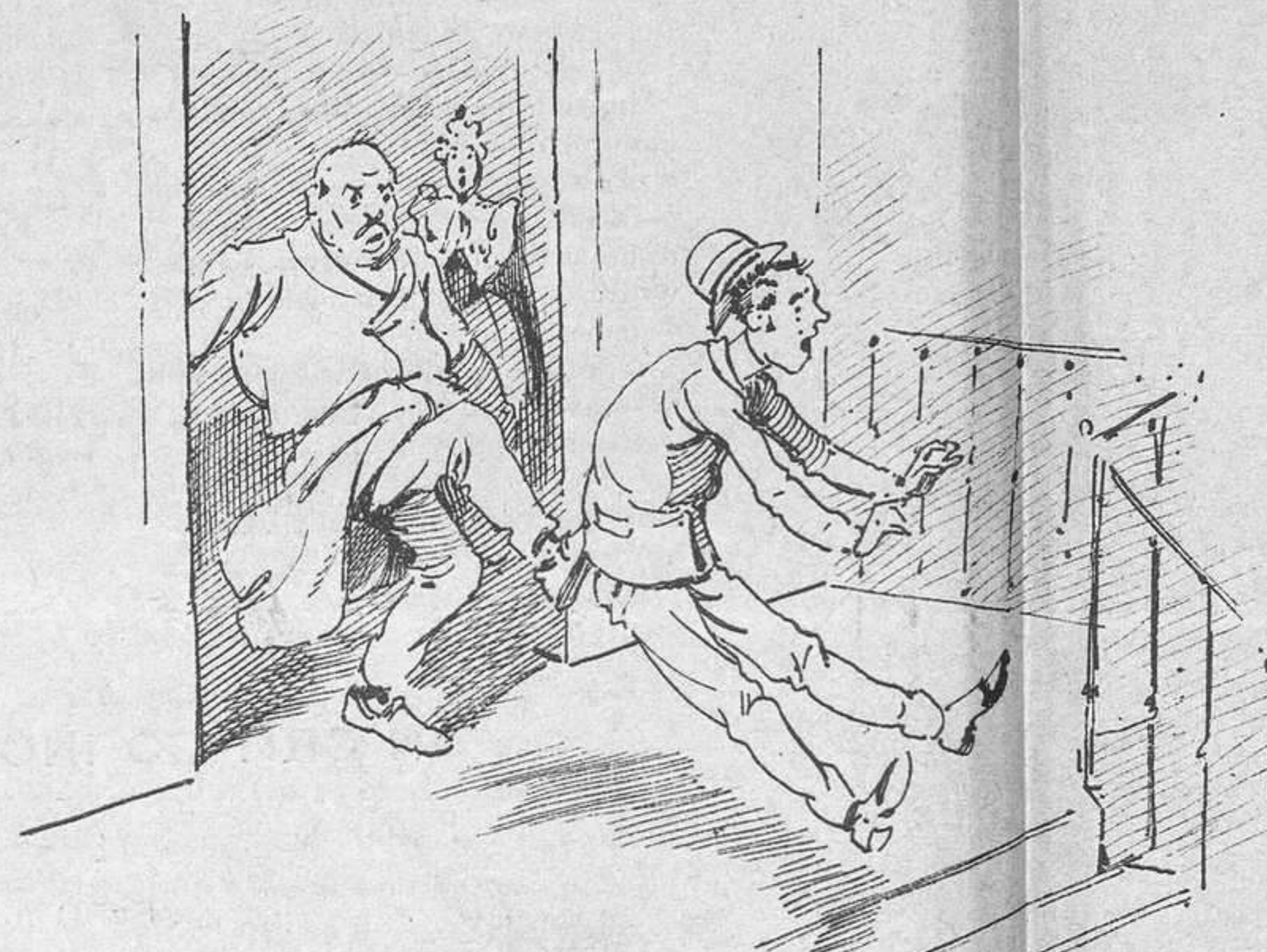
El primer conato de barba.



El primer pitillo.



El primer retrato..... con dedicatoria incandescente.



El primer puntapié salva la parte.



El primer uniforme.



El primer eslabón de la cadena.



El primer vástago.



El primer anónimo.



El primer cargo honorífico.



El primer gorro para quedarse definitivamente en casa.



La última visita.

zo de realidad.... y tiene sus argumentos para defenderse y para defender el género dramático que cultiva. También en el mundo real nuestros poetas por horas, los mejores, tienen mucho más sentido y son más amables que los *mattoides* en tres actos y en verso que invaden el Español y aburren al verbo con dramas trascendentales.

Concluyo diciendo que *Un crítico incipiente* está escrito con gallardía y naturalidad graciosa, sencilla, noble, clásica, puede decirse. En fin, D. José, yo le doy de todo corazón la enhorabuena, y aunque no creo que esta comedia anuncie en usted un *cambiaz*, no echo en saco roto que el autor de Macbeth es el autor de las *Alegres comadres* y del *Sueño de una noche de verano*. Su admirador constante y amigo afectísimo,

CLARÍN.

DE CAZA Y PESCA

(CUENTO)

Ella, una buena señora
 idólatra del marido.
 El, un Nembrod aguerrido
 incansable cazador.
 La escopeta y el reclamo
 son sus amigos mejores,
 y es, entre los tiradores,
 de los que tiran mejor.
 Mil veces, de sobremesa,
 con la cara sonriente
 y con palabra vehemente
 que nadie logra atajar,
 cuenta á su mujer los lances,
 las peripecias famosas
 ó las escenas graciosas
 de una caza singular.
 Levantarse con el alba,
 dar dos puntapiés al perro,
 trepar por el alto cerro
 siguiendo á la codorniz,
 verla al fin, encañonarla
 y con febril ligereza
 tirar y cobrar la pieza....
 ¡Sólo con eso es feliz!
 No hay que hablarle de teatros,
 de paseos ni reuniones,
 de conciertos ni salones,
 ni de misa ni sermón.

La sociedad le fatiga,
 ponerse el frac le embaraza.
 Tan sólo encuentra en la caza
 su placer y diversión.
 La esposa, aunque acostumbrada
 á tan extrañas manías,
 al ver que todos los días
 sale su esposo á cazar,
 y sabiendo que no tiene
 monte ni coto arrendado,
 «¿Si irá á cazar en vedado?...»
 dióse al fin en preguntar.
 Sombras de dudas y celos
 la hicieron perder la calma.
 ¿Su esposo, el bien de su alma,
 sería á su amor infiel?...
 ¿Tras los trebejos de caza
 se ocultaba una conquista?
 Pensólo y siguió su pista
 como el más fino lebrél.
 ¿Qué logró con sus pesquisas?
 ¿Topar con la madriguera?
 ¡Halló una chica hechicera
 de cuerpo hermoso y gentil!
 ¡Aquel cazador bravío,
 de rostro tostado y franco,
 cazaba.... en un sotabanco
 de la calle del Candil!

E. NAVARRO GONZALVO.

¡ARRIBA!

No te sulfures, Blas. Eso no es nada.
 ¿A qué llamar á voces á la muerte
 y maldecir la vida desdichada,
 y rabiar y gritar contra la suerte?
 ¿Pena tienes, y el alma te envenena?
 Pues no rompas por eso tu cadena,
 que en la pena más honda
 echa el tiempo la sonda
 y se averigua entonces que no hay pena.
 En las crisis así, cuando parece
 que se traga veneno
 y la grata ilusión se desvanece....
 no hay medicina como un libro bueno.
 Yo, apenas, con motivo ó sin motivo,
 asoman el dolor ó la amargura,
 me enfrasco en la lectura
 y encuentro á las dos horas lenitivo,
 y soy feliz, y vivo
 en un mundo de paz y de ventura.
 Que allá del arte en la región serena
 el hálito del diablo no envenena
 aquel placer intenso, indefinido,
 que haciendo al alma buena
 da todas las miserias al olvido.
 Y aislándome y subiendo de ese modo
 el arte lo hace todo
 sin transición, ni esfuerzo, ni trabajo,
 por el solo poder de sus primores,
 quedando los dolores tan abajo
 que hasta llego á creer que no hay dolores.
 Y embriagado en mis sueños
 saboreo el mejor de los placeres.
 Me parecen los hombres muy pequeños,
 y las mujeres.... nada. ¡No hay mujeres!
 Conque ya sabes, Blas, en qué consiste
 la panacea para no estar triste.
 La tierra ya se sabe que es impura;
 esarabia impotente es corrosiva
 y acaba en la locura....
 ¿El mundo te hace daño? ¡Pues arriba!
 ¡Y domínale tú desde la altura!

SINESIO DELGADO.

LOS GENIOS DEL DÍA

«Cuando digo que no soy un asno ni un genio, no es para envanecerme. Si fuese lo primero, hace tiempo que me hubieran promovido á alguna dignidad como, por ejemplo, la de *professor extraordinarius* en Bonn. Y cuanto á lo de genio, ¡ay! he descubierto que cada uno en Alemania es un genio, y que yo, justamente yo, soy el único que no lo es.»

Así decía Heine á su mejor y más íntimo amigo Moses Moser, en carta fechada en Göttingue á 11 de Enero de 1825. (Véase la correspondencia inédita del gran poeta y escritor.)

De muy poco tiempo á esta parte no hago sino pensar en ese párrafo del autor de *Reisebilder*, porque me encuentro hoy, en Madrid, en situación parecida á la de Heine en Alemania, hace sesenta y seis años.

El terrible guasón sabía que no era un asno ni un genio; y aquí me tienen ustedes á mí convencido de que soy un grandísimo borrico, ya que, en achaques de genio, lo único que puedo asegurar es que no lo tengo tan malo como muchos creen.

Asno, borrico, burro; tomen ustedes la palabra que más les guste y apliquénmela sin compasión.

No sé de quién es esta redondilla:

Dígame usted, sin que mienta,
 los burros que cría Dios.
 Nacen al minuto ochenta
 y mueren al año dos.

Donde yo pongo «burros,» el autor escribió «tontos,» pero para el caso lo mismo da.

Ello es que los tiempos han cambiado radicalmente y que puede asegurarse, sin exageración, que desde que el maestro Goula vino al Príncipe Alfonso, nacen en Madrid ochenta genios por minuto y dos borricos al año.

¿Quién es uno de estos borricos? Lo ignoro. ¿Quién es el otro? El otro soy yo; lo que es de esto no me cabe la menor duda.

Y si no, juzguen ustedes. Se trata de *La Jolie fille de Perth*, estrenada el sábado 4 en el Príncipe Alfonso, y leo lo siguiente en uno de los diarios más serios, ilustrados y populares de España, en *El Imparcial*:

«Así como Goula fué años atrás el encargado de darnos á conocer á Wagner, al verdadero y legítimo Wagner, en su obra maestra *Lohengrin*, nos ha dado ahora á conocer á Bizet en su ópera más personal é íntima, en la que asoma el poeta antes que el músico, en la que su fantasía no está dominada por las trabas que impone la técnica musical, la armonía y el contrapunto.»

¡Gran Dios! Hasta ahora todos habíamos creído que Wagner, el verdadero y legítimo Wagner, se había revelado en *Tristán é Isolda*, y que entre el *Lohengrin* y el *Tristán* hay la diferencia que existe entre el niño que balbucea y el hombre que habla fuerte.

Wagner, el mismo Wagner lo ha declarado así, y la crítica y los críticos de todas partes lo han hecho constar, y es cosa, en fin, que de puro sabida se calla.

Pues no, señor, no hay tales carneros: el legítimo Wagner, la verdadera tía Javiera, como quien dice, es la que vende rosquillas del San Graal en *Lohengrin*.

De lo cual resulta que yo, que creía todo lo contrario, soy un borrico, y el Sr. Muñoz, que desdice al propio Wagner, es un genio.

¡Cielos! ¿Será también Wagner un borrico? En ese caso, ¡qué consuelo para mí!

Lo que viene ahora es tan gordo, más gordo no, porque no puede ser.

El Sr. Muñoz afirma que *La Jolie fille de Perth* es la ópera más personal é íntima de Bizet, y funda su afirmación en que asoma el poeta antes que el músico, y en que la fantasía de aquél no está dominada por las trabas que impone la técnica musical, la armonía y el contrapunto.

¡Virgen Santísima! Si no pido ahora mismo que me lleven á la cuadra y me pongan un ronzal, es por no alardear de inculto.

¡Yo, que había creído hasta el presente momento histórico que la técnica musical, la armonía y el contrapunto eran al músico lo que la gramática al escritor!

¡Yo, que había creído que llamar trabas ¡trabas! á la armonía y al contrapunto, tratándose de un músico, era lo mismo que llamar trabas á la analogía, la sintaxis, la prosodia y la ortografía, tratándose de un poeta!

¡Y pensar que Reyer, un tal Reyer que ha escrito *La Statue* y otras menudencias por el estilo, decía de Bizet, cuando se estrenó en París *La Jolie fille de Perth*: «Cuando la ciencia musical no ha tenido secretos para él, ha pedido al estudio de los grandes maestros ese alimento fuerte y vivificante sin el cual las inteligencias superiores acaban por decaer y extinguirse!»

¡Y pensar que Bizet, el mismo Bizet, escribía á Johannes Weber, el crítico del *Temps*: «No puedo resistir al deseo de manifestar á usted mi gratitud por el artículo que se ha servido usted dedicar á mi nueva ópera *La Jolie fille de Perth*! No señor, no creo en los falsos dioses. También esta vez he hecho concesiones que deploro, lo confieso. La escuela de los *ritornelos*, de los gorjeos, de la *mentira* ha muerto, ha muerto para siempre! Enterrémosla sin lágrimas, sin dolor, sin emociones y.... adelante!»

Pues no señor, Bizet se engañaba á sí propio cuando confesaba que su ópera contenía *concesiones deplorables*, y Reyer esta-

ba en Babia cuando afirmó que el autor de *La Jolie fille de Perth* poseía todos los secretos de la ciencia musical.

¡Qué ciencia musical, ni qué ocho cuartos! Esa es una traba que aherroja la fantasía. Si Bizet hubiese dominado la armonía, el contrapunto y la instrumentación (supongo que la instrumentación, de la que el Sr. Muñoz hace caso omiso, entrará también en la categoría de traba), no hubiese escrito *la más personal é íntima* de sus óperas.

¡Y vean ustedes cómo aquí sigo siendo borrico, en compañía de Bizet y de Reyer!

Falta el rabo por desollar. ¡Allá va!

«Como obra de un músico completo, conocedor de todos los secretos del arte y de toda la mecánica musical, preferimos la *Carmen*; como obra del poeta músico, sincera, honrada, franca, vale infinitamente más *La Bella fanciulla di Perth*.»

¡Tableau! Aquí tienen ustedes al Sr. Muñoz actuando de genio. ¡Pero qué genio! No ha habido nadie en el mundo musical, palabra de honor que no ha habido nadie, capaz de decir así, con esa autoridad, con esa concisión y con esa elocuencia, que *La Jolie fille de Perth* vale por algún concepto infinitamente más ¡cuidado que el hombre lo dice claro! que *Carmen*.

Si el descubrimiento de algo que hasta ahora estaba oculto a los ojos de la humanidad no es obra de un genio preclaro; si sentir una afirmación que destruye todo cuanto han dicho los que se han ocupado de la obra de Bizet, no implica la credencial de genio audaz, revolucionario y luminoso, entregada por el mundo musical atónito al Sr. Muñoz, confieso, en tal caso, que el genio no existe, ó que la humanidad y yo somos dos borricos de marca.

Porque, es claro, si la mecánica musical, si la gramática de la música es una traba para la fantasía del artista, entonces la *Carmen* de Bizet es cualquier cosa. ¿Qué ha de ser la obra de un músico completo, conocedor de todos los secretos del arte?

En cambio, *La Jolie fille de Perth*, escrita cuando Bizet era, según dice el Sr. Muñoz, el Chueca de la música francesa ó poco menos, es una obra de poeta-músico (!), sincera, honrada y franca.

¡Hombre! Que la heroína de Walter Scott sea una casta niña y la cigarrera de Mérimée una... aquello, estamos conformes.

¡Pero que la ópera de Bizet, estrenada hace pocos días en el Príncipe Alfonso, conserve la virginidad como obra artística, y haya que buscar a *Carmen* en alguna casa de lenocinio!... ¡Por los clavos de una puerta! me parece un poco duro.

¡Y pensar que el Sr. Muñoz califica de obra honrada una ópera en la cual confiesa el mismo Bizet que hizo al público concesiones deplorables, y que el propio Sr. Muñoz declara que *Carmen* es una ramera de arte, cuando no contiene ninguna deplorable concesión al mal gusto del público!

¡El Sr. Muñoz enmendando la plana á Wagner, á Bizet y á todos los críticos del mundo!

Por eso hace muy bien en terminar su artículo con este admirable arranque:

«Con Goula, con Avelina Carrera, con Dolores Mata, con Bertram, ¿quién teme la competencia del extranjero?»

¡Quite usted de ahí, hombre! ¿Quién ha de temerla? ¡Aquí, donde el alcalde de Móstoles declaró la guerra á Napoleón I!...

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.

RECETA

(Á MI QUERIDO AMIGO LÓPEZ SILVA)

Tomarás un ser cualquiera de esta sociedad perdida y lo llevarás á un sastre que á la moda te lo vista. A ese ser le buscarás sin que tenga ni una pizca, ni un átomo de sentido, pero con mucha malicia. Sabrá leer y escribir, pero sin ortografía; pasará por ser un sabio entre toda su familia, pero no tendrá talento, y por tanto, tendrá envidia. Cuando le hayas encontrado,

le puedes hacer que escriba en ocho meses ó diez una simple pieccecita. Haces después que la lea un empresario que sirva.... que dicho aquí, entre nosotros, (hay muy pocos), y es la fija que aunque tú le recomiendes, la tal pieza no la admita. Y después de que suceda lo que expreso más arriba.... te encuentras formado un crítico de los nuevos que hoy se estilan.

MIGUEL DE PALACIOS.

CHISMES Y CUENTOS

El Sr. Pando y Valle ha sido nombrado para formar parte de la comisión encargada de marcar la zona de defensa de costas y fronteras.

En vista de lo cual ya podemos dormir tranquilos.

Porque ésa era precisamente la única comisión de que no formaba parte el Sr. Pando.

Como se aproxima la huelga de Mayo, la primera autoridad civil de Barcelona ha empezado á tomar precauciones, exigiendo á los armeros nota detallada de las armas y municiones que venden estos días. Además, parece que se reunirán en la plaza 15.000 soldados.

Sólo le falta hacer lo que la otra vez: enarenar la Rambla para que no

se resbalen los caballos al dar las cargas; porque el Sr. Gobernador de Barcelona se pasa de prevenido. ¡Y hasta es capaz de repartir vendajes á los huelguistas con la anticipación necesaria!

¡Luego dirán que no mira por sus administrados!

Un santón en Marruecos cierto día,
al tenderse en un lecho de hojas secas,
notó que una muñeca le dolía
y maldijo en voz alta á las muñecas.

Por eso no les gustan los muñecos
á todos los santones de Marruecos.

Siguen los conatos de asaltos de trenes.
Cada tercer día sucede una avería de esa clase en una de las líneas férreas.

¡Quiera Dios que menudeen más todavía!
¡A ver si con eso llegamos á convencernos de que es hora de poner timbres de aviso!

Porque si no, los van á poner antes en Marruecos.

Los poetas melencólicos
á tus dientes llaman perlas,
y es porque saben sin duda
lo que tus dientes me cuestan.

JOSÉ DE CUEVAS.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. M. de S.—¡Santa Madona! ¡Si es que no mide usted los versos como es debido! Y de la cadencia no hablemos.

Yes very well.—Sirve para usted la contestación anterior.

Cachupín.—«Eres cual blanca paloma que herrante sigues el vuelo....»

¿Herrante? ¡No he visto nunca una h más intempestiva!

Azogue.—Bien, pero es que eso no tiene absolutamente nada de particular. Diría el público: ¿A mí, qué? Que es lo peor que puede decir el público.

Plutarco.—Sí; ya se sabe que hay muchos refranes que no son verdad. ¡Pero lo ha dicho tanta gente!

Uno de tantos.—De tantos ¿qué? ¡Ah, ya! ¡Puercos!

Carta corta.—¡Ay! No las recuerdo. Puede que aproveche la de hoy. Pero no doy palabra.

Mimi Sidoré.—Si yo supiera francés, le diría en francés que es lástima que haya usted perdido el tiempo.

Sr. D. G. H.—Madrid.—¡Cuántos versos! ¡Y qué poco cuidados!

Manolo.—¡Y que no es viejecito el cuento ese, compadre!

Ego.—Francamente, no me parece publicable ninguno. Sabía la desgracia, pero no tenía detalles del hecho.

Pandafilardo.—Pues mire usted, se necesitan agallas para hacer un soneto á Cervantes y decirle algo nuevo.

El cancionero de Poncio.—No se me ocurre más que una cosa que decirle: el verbo *llover* se escribe con *v*. Y usted lo escribe con *b*, desgraciadamente.

Sr. D. A. G.—Voy á complacerle á usted. ¿Qué trabajo me cuesta? Allá va, y Dios nos coja confesados:

«Por Recoletos pasaba
una joven de la *hig-lif*
en el coche de un ministro.
Y un pollo muy nuevecito
dijo mirando hacia allí,
mientras yo la admiraba:

¡Pues si esa es una actriz!»

Sr. D. L. G.—Cádiz.—Pero ¡qué estúpido provincialismo les ha entrado á ustedes ahora! ¿De dónde diablos creen ustedes que somos nosotros? ¿De la luna?

Caña.—Eso iba yo á decir: ¡Caña! ¡Qué malo es esto!

Klumer.—¡Qué diablos! Hoy me pilla usted de buen humor. Y también voy á copiar eso:

«Carlitos amaba á Sara,
Sara amaba á Roberto,
ni este amor era cierto
ni cristo que lo fundara.»

¿Eh? ¡No hay nada más bonito!

Sr. D. S. S.—Madrid.—Si usted no versifica mal, ¿por qué desanimarse? Con escoger mejor los asuntos estábamos al cabo de la calle.

Hurena.—Ni una cosa ni otra pueden ver la luz pública. Es decir, sí pueden, pero no deben.

Sr. D. M. M. V.—Granada.—Bueno es el entusiasmo por los del pueblo, pero no hasta el punto de hacer ovillejos.

El vengador de D.^a Ana.—¡Qué bonito! ¡Y qué gracia tiene! ¡Y cuántos niños de la escuela se meten á escritores chispeantes!

Pepe Capullo.—Vaya, cuando menos lo piensa uno enseña la oreja, y resulta que es inocente como un saltamontes.

Belúsario y Narzés.—¡Vaya con las picardiguélas! ¡Copiar lo primero que le cae á uno en las manos, clásico además, y enviarlo á ver si es publicable!

Sr. D. A. C.—Sevilla.—Lo echó usted á perder al final. Eso de las hemorroides es de muy mal gusto.

Ascaris.—Ese epigrama se ha publicado aquí con otra firma, y mejor hecho, naturalmente. ¡Porque mire usted que aquello de «á por carne al mercado» tiene bemoles!

BUENA PASTA



—¿Ven ustedes este dolmán? Pues si se empeña mi mujer, acabaré por creer que es mío.

Edt. Madrid Cómico, Jesús del Valle, 36.

ANUNCIOS

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero izquierda.

Teléfono núm. 2.160.

DESPAÑO: TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

LA COMPAÑÍA COLONIAL

HA OBTENIDO

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS

Medalla de oro, por sus Chocolates.

Medalla de oro, por sus Cafés.

Medalla de oro, por su Tapioca.

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20

SUCURSAL

MONTERA, 8, MADRID

Biblioteca del MADRID CÓMICO

PÓLVORA SOLA

COLECCIÓN DE COMPOSICIONES ORIGINALES DE SINESIO DELGADO

DIBUJOS DE CILLA

FOTOGRAFADOS DE THOMAS, LAPORTA Y VALDÉS

Un elegante tomo de 200 páginas.

PRECIO: TRES PESETAS.—A los libreros y corresponsales, DOS.

COLECCIONES

Cada año, á contar desde 1883, se forma un magnífico tomo, que se vende á los precios siguientes:

Sin encuadernar.—A los suscriptores, 8 pesetas.—A los no suscriptores, 10 pesetas.—*Encuadernado en tela.*—A los suscriptores, 10 pesetas.—A los no suscriptores, 12,50.

ESPAÑA CÓMICA

ÁLBUM DE 50 CARTULINAS que contienen las crónicas ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo, elegantemente encuadernada.

Precio: 25 PESETAS

Los pedidos se sirven, bajo certificado, á vuelta de correo.